

¿Despolitizar la lengua?

La incertidumbre que atena-za en nuestros tiempos la cultura catalana está dando lugar a recurrentes intentos de diagnóstico. Muchos de ellos se refieren a la lengua: a su pérdida de peso social, a su supuesto declive. Algunos, forzando incluso el sentido de las palabras, hablan incluso de *extinción*.

Precisamente de esta manera se titulaba una obra de Josep M. Benet i Jornet, presentada no hace mucho en el Teatre Nacional de Catalunya y cuya acción finalizaba en un Raval que ya no es, ni volverá a ser, el que vio nacer a nuestro dramaturgo: un barrio que en el transcurso de los últimos años ha visto como prácticamente la mitad de sus habitantes (un 47% de los censados) había nacido en el extranjero.

¿Extinción? De un modo de vida, de un paisaje humano, de un habla particular: sin duda. Pero no de una lengua: el propio autor Benet i Jor-

net se ha convertido, gracias a sus seriales para la televisión, en el dramaturgo con mayor audiencia de toda la historia de la literatura catalana.

Pero si debemos ser ponderados en el diagnóstico, deberíamos ser todavía más precisos en las propuestas. Una de las que circulan últimamente es la que sostiene que hay que *despolitizar* la lengua –catalana, por supuesto. Es una afirmación que se repite sin que uno llegue nunca a saber a ciencia cierta por qué se afirma que la lengua está politizada, ni qué se quiere decir exactamente con eso de que hay que despolitizarla. En España es bien sabido, por lo menos desde Nebrija, que “siempre la lengua fue compañera del imperio”. El mismo Nebrija aducía el ejemplo del hebreo: “Después que se comenzó a desmembrar el reino de los judíos, juntamente se comenzó a perder la lengua”. ¿Acaso existe una mejor definición de la politización de la lengua, de cualquier lengua?

Aunque la verdad es que no es necesario retroceder tanto en el tiempo. En la Europa reciente, la Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial, los estados nación han acentuado su querencia por la uni-

EN LA EUROPA

reciente, los
estados nación se
han inclinado hacia
la uniformidad

formidad, por la homogeneización cultural y lingüística.

En Alsacia, por ejemplo, la generación nacida antes de 1960 todavía aprendió el alsaciano de sus padres, nacidos antes de la guerra. Pero a sus hijos, hoy adolescentes, les han hablado sólo en francés, a pesar de la evidencia de que viven en una

región fronteriza de una Europa unida y que, sabiendo alsaciano, les sería muy fácil aprender el alemán estándar. Pero la inercia homogeneizadora del Estado nación puede más: tal como les ocurre a muchos catalanes, hijos o no de la inmigración (“hablo español porque soy español”).

Por consiguiente, la lengua es, también, una cuestión política. Y las soluciones a nuestro malestar presente deben venir también, aunque no exclusivamente, de la política. ¿Por qué se habla entonces de *despolitizar*? En el fondo, uno tiene la impresión de que, abogando por la despolitización de la lengua catalana, se está asumiendo, *volens nolens*, aquella idea tan querida a los franquistas de todas las épocas, y que viene a decir que, desde la Renaixença, la recuperación de la lengua catalana y la política nacionalista han ido de la mano, y que existe en Catalunya una vinculación *natural* entre lengua y política.

¿Es que quizá no es éste el caso

del francés o del español? La cuestión debería, pues, plantearse en otros términos. De lo que se trata es de utilizar la política para que, en la fragmentada sociedad catalana de hoy, se pueda generar el mayor consenso posible en torno a la lengua catalana.

Sin olvidar la evidencia de que, en Catalunya (por no hablar de las islas Baleares o del País Valenciano), hay mucha gente que vive a espaldas del catalán. Y alguna otra gente, quizás más de la que quisiéramos, en conflicto con el catalán. Por eso necesitamos una política ambiciosa, capaz de convertir el idioma catalán en algo de lo que no se pueda prescindir si uno quiere sentirse realmente parte de esta comunidad cultural y política. Sin que, para ello, quienes no tienen el catalán por lengua materna tengan que renunciar a nada para hacer que el catalán pase a ser también su lengua. Justo como los catalanohablantes hacemos con el castellano. Ni más ni menos.●